



Por Teresa Porzecanski

Salón de belleza

Mi locura, de cauce levemente alterado, había motivado que me despidieran de mi trabajo de manicura en una peluquería céntrica. A recomendación de mi viejo patrón había decidido iniciar un tratamiento.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho, Lucía?, había murmurado él, sorprendido, tratando de que la cliente, encendida de joyas hasta el codo, no se apercibiera de lo que sucedía.

Yo contemplaba la mano de la mujer y no podía creerlo: roja de esmalte desde el dorso a la muñeca. “No se preocupe, se la limpiaré en seguida”, dije, acercándome rápidamente con el quitaesmalte.

Entonces me había dirigido al despacho sorteando las pelucas sobre los soportes: unas eran blancas, como de ancianas; otras, morenas, como recién arrancadas de cráneos jóvenes. Fue en ese instante cuando divisé lo que a primera vista parecía un simple mechón de

cabello en el suelo. Al principio no me detuve: siempre la peluquería estaba repleta de ellos. Caían como plumas desde los lados de las cabezas y quedaban en el suelo hasta que, a la mañana siguiente, la limpiadora los barría. Buen trabajo ese de barrer los pelos cortados, alzarlos hasta el recipiente para la basura y depositarlos sobre la vereda para que el camión que hace la limpieza callejera los inhumara sin ceremonia.

En fin, pensé en evitarlo, como siempre hago para no resbalar, pero entonces percibí, por debajo de aquel mechón de pelo, un cierto brillo. Me incliné un tanto y descubrí un ojo castaño que me miraba por detrás del cabello: un ojo solitario alejado de todo rostro me estaba mirando fijamente. Sobresaltada, volví sobre mis pasos y sin elevar ni un grito empapé mi cabeza con agua helada.

Con el pasar de los días, comprendí que algo en mí había cambiado. No quería mirarme en los espejos no

sé por qué aberrantes razones y se me ocurrían ideas que contradecían la lógica habitual cotidiana. En esos días yo alquilaba una habitación no muy grande en una vieja casa de inquilinatos y había comenzado a llenar las paredes de mi cuarto con dibujos absurdos. Cuando la dueña los vio, me espetó: "Trate de mejorarse, muchacha; si no, la ponemos en la calle".

A tanta comprensión de su parte decidí allegarme a un tratamiento curativo sin otra alternativa. Conseguí hora para ese mismo lunes en una sala de espera casi vacía. Las sillas mantenían los huecos de sus ocupantes en los tapizados floreados y una luz violácea se filtraba desde un patio cerrado. El último paciente, antes de entrar en el consultorio, me miró y dijo, atemorizado: "Si desaparezco llame al Señor". Yo sonreí tontamente: "¿Cómo dice? ¿A qué señor?" Pero no hubo tiempo para su respuesta. La puerta se había cerrado a sus espaldas.

Me incorporé sintiendo una angustia imprecisa. Recorrí una por una las sillas alineadas contra las paredes. Eché largas miradas al patio ahora tan oscuro que ni paredes podían reconocerse. Desde la puerta del consultorio venía un silencio absoluto, tan denso que bien podría pensarse que allí no existía precisamente nada.

Cuando hubo llegado mi turno, atravesé el umbral rápidamente. El doctor Ruiz Baluarte estaba vestido de maestro, con una larga toga, un birrete y un delgado bastón en la mano. Detrás suyo había una enorme pantalla de proyecciones. "Siéntese" me dijo, sin preguntarme los datos. En un segundo la luz estuvo apagada y sólo el resplandor fosforescente de la pantalla iluminaba la longitud de aquel bastón que cimbrea en sus manos.

"Vamos a la lección primera", dijo con autoridad. "Un conejo es un conejo. Repita". "Un conejo es un conejo", dije yo con cierta dificultad y balbucenado. "Dígalo

con mucha más convicción y más alto", ordenó él; "mucho más alto", aclaró.

"Un árbol es un árbol y nada más que un árbol. Repita", continuó él. "Un árbol es un árbol", dije yo con decisión, "y nada más que un árbol". Y la pantalla se inundó de la palabra conejo y de la palabra árbol, y después, de la palabra silla y de la palabra hipopótamo, y así continuamos indefinidamente atravesando todo el diccionario, desde la A a la zeta. Cuando hubimos finalizado, las luces se encendieron y entonces el maestro comentó satisfecho:

"Parece que la clase le ha sentado muy bien, muchacha, ¿qué tal se siente?" A decir verdad, yo me sentía bien, casi contenta: en realidad nunca me había sentido mejor. "Véngase mañana que continuaremos", dijo él a modo de despedida.

Salí a la calle con pasos lentos y mente opaca. Caminé unas cuadras como sonámbula. Finalmente me dirigí a la pensión. "Si desaparezco llame al Señor", había dicho alguien en la sala de espera. Pero yo no sabía de ningún "señor", así, genéricamente, como si por todos fuese conocido, como si estuviera allí, al alcance de la mano.

En la peluquería nada había cambiado. La curación había tranquilizado al patrón en gran medida y había promovido mi ascenso: "Desde ahora estará al frente de los secadores, Lucía".

En ese puesto comienzo hoy la jornada: es verano, un sol radiante inunda los espejos, las pelucas descansan como nidos de pájaros sobre sus soportes, y los secadores aguardan en silencio las cabezas que se acercarán, una tras otra, una después de otra. Yo pienso "un secador es un secador", cubro con el casco de metal el rubio platinado de esta dama y enciendo los motores. Su rostro se contorsiona violentamente bajo el aparato; debe estar gritando. Pero yo no la oigo: cada cosa debe ocupar su lugar. ❖❖

Teresa Porzecanski:: (Montevideo, 1945) es escritora y antropóloga. Ha recibido importantes premios: Ministerio Educación y Cultura (1967, 1976, 1995), Intendencia Municipal de Montevideo (1986, 1989), Beca Guggenheim (1992), Premio de la Crítica Bartolomé Hidalgo (1995), Premio "Morosoli" en Literatura (2004), Fundación Rockefeller (2006). Textos suyos integran diversas antologías nacionales e iberoamericanas y han sido traducidos al portugués francés, inglés, alemán, rumano y húngaro. Se desempeña como docente investigadora en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República Oriental del Uruguay.